

Ricardo A. Latcham

La literatura peruana

SIERRA, COSTA, MONTAÑA.—CARACTERÍSTICAS GENERALES



DURANTE una reciente estada en el Perú tomamos contacto estrecho con las más importantes actividades intelectuales de esa tierra, cuyo desarrollo político y económico siempre ha tenido vinculaciones singulares con nuestro país. Desde los tiempos coloniales sus cronistas, con algunas excepciones, se han ocupado en cosas de Chile, y varios de ellos han dejado libros y relaciones en que, a cada paso, dan noticias curiosas o pormenores notables sobre nuestro territorio.

La literatura peruana ha sido poco estudiada en conjunto y sólo en el último tiempo abunda en síntesis críticas que dan notas modernas de interpretación del complejo desarrollo de una cultura en que las tradiciones incaicas, aborígenes y españolas se funden y confunden a cada paso. Desde luego, se nota un extremismo en ciertos puntos de vista sustentados por historiadores y sociólogos peruanos en lo que respecta al

rumbo que deben tomar las expresiones literarias de esa nacionalidad. Algunos, como Luis E. Valcárcel, propugnan la continuidad de la tradición incaísta o incanista, como la llaman; y otros, como el erudito José de la Riva Agüero y Raúl Porras Barrenechea se refugian en la tradición hispanista o españolista con un fervor extraordinario. Estos puntos de vista se complican con las actitudes políticas de ciertos escritores que buscan en el llamado Incanario una motivación social poderosa que pueda construir una mística nacionalista de envergadura en presencia de la actual situación mundial. Hay una tercera posición que puede llamarse conciliadora; que consiste en tomar de cada cultura lo que tiene de más arraigado en la psicología criolla y formar con esto, las esencias de la peruanidad.

Las raíces literarias peruanas se asientan en la melancolía aborígen que ha evolucionado, bajo formas modernas indicadas por los críticos José Jiménez Borja y Luis Alberto Sánchez. La tristeza es la característica que acompaña casi siempre al alma indígena y ha provocado un problema crítico: ¿Desde cuándo es triste el indio? Muchos hallan la raíz de esta melancolía en la dominación española, pero otros se inclinan a considerar que su origen es anterior y se puede buscar en el colectivismo que impusieron los Incas, al abandonar el Cuzco y dominar a todo el Perú.

El clima espiritual del Incanato, según el escritor

César Arróspide de La Flor, permaneció adverso al impulso de la subjetividad.

Esto hizo subsistir, como forma musical de los Incas peruanos, el monodismo, que excluyó toda combinación de sonidos simultáneos que pudieran obscurecer la dicción de los cantantes y la unificación de todas las voces en una línea unisonal.

Los poemas incásicos se cantaban y admitían también la danza en muchos casos. Otros elementos de la vieja tradición literaria que se han señalado como característicos a la antigua literatura peruana son: el panteísmo y el agrarismo. El indio sentía el universo como divino y él mismo se vinculaba como parte integrante de aquella unidad viviente, misteriosa y sagrada.

El agrarismo dimana de la naturaleza campesina del indio y provoca en él imágenes de resonancia terrígena. Sus expresiones buscan contacto con el campo y extraen su color de asuntos rurales que perduran en la literatura moderna, como en un célebre *Yaraví* de Mariano Melgar y en los relatos poderosos de José María Argüedas.

Mirada la literatura peruana desde otro punto de vista, se puede estimar como la más tradicionalista de América y la menos evolucionada en el campo de la novela, del cuento y de la poesía. Se alimenta principalmente de la mezcla de dos grandes culturas que dejaron honda huella en la sensibilidad de todos los escritores: la incásica y la española.

El colonialismo podría ser la característica general

de los escritores limeños, entre los cuales se destacan notables evocadores del pasado virreinal desde el gran tradicionalista Ricardo Palma hasta los modernos ensayistas, cronistas e historiadores José Gálvez, autor de *Una Lima que se va* (1921) y de *Estampas Limeñas* (1935), José de la Riva Agüero y Pedro Benvenuto Murrieta, discípulo, en cierto modo, del anterior.

Este limeñismo no ha tenido grandes evocadores novelescos y se puede afirmar que la novela regional del Perú es más fuerte que la de su capital, cuyos halagos morosos han difundido una capitosa literatura de recuerdos, de añoranzas y de leyendas de tiempos preteritos.

Contrasta, sin embargo, con los anteriores, un escritor limeño que ha desarrollado la crítica social y de costumbres en un sentido actual y resonante. Este es José Diez Canseco, autor de *El Gaviota* y *El Kilómetro 83* (1930); y de *Duque* (1934). Los dos primeros relatos, que ha reeditado con algunos más en 1938, tienen el decidor subtítulo de *Estampas Mulatas*. En ellas vibra un estilo nuevo, picaresco, vivaz, con poca literatura y mucha observación de la realidad de la costa. Y en *Duque*, Diez Canseco intenta la descripción de la Lima moderna, del tiempo del oncenio de Leguía, con una moral más libre y evolucionada.

Tiene este escritor un notable parecido con nuestro Joaquín Edwards Bello. Posee su misma facilidad

coloreada, su estilo insumiso a las normas canónicas, su difusión vital y a veces incorrecta. Lo mismo puede decirse de sus intuiciones de limeño castizo, insobornable, plástico y sensual. Sus tipos son peruanísimos y quizá tengan una simpatía desusada en un medio cortesano, pacato y todavía sometido a poderosas restricciones religiosas y protocolares. Así se explica el escándalo que causara a su aparición la novela *Duque*, que es una versión limeña de *El Inútil*, *El Monstruo* o *La Chica del Crillón*.

Diez Canseco es el menos literato de los escritores limeños, pero a nuestro juicio es el más vital. *El Gaviota* constituye con *Mar y Playa* de Fernando Romero uno de los mejores documentos humanos de la costa zamba.

Pero la interpretación novelesca de Diez Canseco no deja de ser consubstancial con la mejor tradición peruana de los satíricos coloniales, como Caviedes o los republicanos al estilo de Manuel Ascensio Segura y Felipe Pardo y Aliaga. Y aquí cabe percibir un contraste que siempre nos ha llamado la atención en la literatura limeña y es que, a pesar de la religiosidad cortesana de Lima y de su recato teológico, ha florecido en su seno la más atrevida de las sátiras y la más desenfrenada de las licencias críticas. Hay como una permanente evasión de los escritores en ese medio conservador y tradicionalista.

Pero la visión de Diez Canseco, poderosa y animada como en pocos literatos peruanos, tiene un senti-

do mayor de interés para los observadores extranjeros por el cosmopolitismo mental de su autor, que ha lanzado dardos e ironías sobre la empinada gravedad de los señorones y de los burócratas del Rimac.

De la Colonia heredó Lima lo que llamó muy acertadamente José de la Riva Agüero la esterilidad del espíritu; pero no una esterilidad seca, sino floja, laxa, de empalagosa molicie. (José de la Riva Agüero, *La Historia en el Perú*).

Esta molicie tiene una expresión moderna en el curioso escritor José Gálvez, tipo magnífico de la prestancia y del buen decir limeño. Gálvez ha heredado el cetro de Ricardo Palma y mucho de su gracia maliciosa y volteriana. Pero en Gálvez hay una preocupación por el estilo y el buen decir, que se manifiesta en su producción macerada y escasa. Sus libros sobre Lima son una versión más literaria de la Lima que se va, es decir de lo que huye en el cambio permanente de las cosas y de las costumbres. Constituyen una documentación inapreciable para poder situar el ambiente de los últimos años del siglo diecinueve y de los primeros de éste. Pero Gálvez ha completado este aspecto de su valiosa obra con la incursión atrevida, después de la realización de Palma, hacia un género que no es propiamente la tradición, sino la deformación artística del pasado en sus inapreciables *Estampas Limeñas*.

En el aspecto humano, Gálvez es un animador de la ciudad de los Virreyes. Gran conversador y gran

fumador se le ve, a veces por las mañanas y casi siempre por la noche, en los portales de la Plaza San Martín, en algún café o en una peña, comentando las últimas novedades literarias o los acaecimientos sociales de la gran ciudad. Y Gálvez, que tiene grandes dotes literarias, resulta una crónica viva y luminosa de todo lo picaresco y de todo lo pintoresco del Perú.

Lo visitamos una mañana del mes de abril pasado, en compañía del novelista Enrique López Albújar y tuvimos el agrado de oírlo durante un par de horas. Parecía un oriental, ceñido el cuerpo con fina y floreada bata de seda japonesa, con su cara adornada por una barba gris y con sus ojos vivísimos y tirantes que chispeaban detrás de los anteojos. Fué, para nosotros, un rato inolvidable de placer intelectual: las cosas y los hombres del momento eran animados curiosamente por su decir gracioso y certero, por su ironía mordaz y por su magnífica labia.

Otro escritor limeñísimo es Pedro Benvenuto Murrieta, autor de *Quince Plazuelas*, una alameda y un callejón, que, a juicio de Riva Agüero, su prologuista, tiene una mezcla sabrosa de la evocación juvenil de Mesonero Romanos y los toques finos y sintéticos de Azorín. La plazuela de la Recoleta, la desaparecida plazuela de San Juan de Dios, la plazuela de Santa Ana, la de las Cabezas y otras muy típicas de la vieja Lima, son amorosamente descritas por este interesante escritor que ha completado

sus estudios peruanistas con un valioso libro titulado *El Lenguaje Peruano*.

Benvenuto se lamenta, a menudo, de lo que derriba el tiempo de un modo implacable y es un celoso guardador del tradicionalismo en las costumbres y en la religión. Pertenece al grupo de los escritores católicos que dirige Víctor Andrés Belaunde y que reconocen la primacía intelectual de José de la Riva Agüero, gran erudito y cabeza visible del españolismo en el Perú.

Los limeños viven mirando su pasado y reconstruyéndolo con un cariño apasionado que contrasta con el visible desinterés de los chilenos por todo lo tradicional en el orden artístico o arquitectónico. Pero este tradicionalismo, que tiene raíces políticas y religiosas, ha servido para restaurar muchos elementos importantes del Coloniaje y para defender tesoros del pasado peruano que amenazaba el azote inexorable de los siglos.

Las necesidades del urbanismo moderno no son siempre compatibles con la preservación de estas plazuelas, callejones y recuerdos que el celo intelectual de Benvenuto ha permitido conocer en sus más afuligranados detalles. Pero hay que convenir en que los modernos arquitectos del Perú han sabido combinar el gusto actual por la amplitud y las condiciones luminosas con la preservación de las preciosas ventanas limeñas u otras características de la construcción. Así podemos admirar en los modernos distritos residenciales de Li-

ma edificios muy notables, en que se mezcla lo nuevo y lo más primoroso de las arquitecturas incásica y española.

El limeñismo literario tiene otro cultor importantísimo en Clemente Palma, hijo del tradicionista don Ricardo, y autor, entre otros, de un libro típicamente limeño. Nos referimos a las *Crónicas Político-Doméstico-Taurinas* de Juan Apapucio Corrales, que se publicaron en 1938 con un epílogo de José Gálvez.

Palma se había hecho célebre, a comienzos del siglo, por sus famosos *Cuentos Malévolos*, editados en Barcelona en 1904. Más tarde aumentó su prestigio con las *Historietas malignas*, que se dieron a luz en Lima en 1925.

Pero en esas obras, como en otras, el limeñismo de Palma no tenía los contornos folklóricos, enraizados con el género de las tradiciones en que fué creador su padre, don Ricardo, que exhibe ahora en plena madurez literaria. Anota Gálvez en *Clemente Palma* una preocupación universalista y filosófica que no tuvo don Ricardo.

La vena criolla y la sal folklórica del curioso personaje Juan Apapucio Corrales revelan una veta notabilísima de este fecundo escritor que, a la vez, resulta un excelente observador de la vida peruana a través del prisma limeño.

El ambiente se combina aquí con otra gran cualidad: el conocimiento acucioso del lenguaje popular del

que exhibe un glosario del argor limeño, utilísimo para los aficionados a los estudios filológicos.

El método novelesco de Palma siempre fué propenso a lo trascendental desde sus *Cuentos malévolos*, llenos de fuerza y de misterio, hasta la salacidad de algunas escenas criollas de un verismo y de un sentido satírico muy notable que admiramos en las *Crónicas Político-Doméstico-Taurinas*.

Aquí se completa la visión limeña de los escritores modernos de categoría.

Existen otras versiones, pero creemos que con Clemente Palma alcanza el limeñismo un carácter anecdótico y folklórico de relieve. En su mundo de Corrales aparece lo popular jaranero, con el subsuelo de toros y gallos tan propicio a la sensualidad mestiza.

* * *

En estas notas turísticas nos hemos detenido excesivamente en el estudio de los escritores más interesantes de Lima, quizá con la inspiración subconsciente del dicho popular, de que Lima es el Perú. Pero en realidad bastan unas horas de estada en la nación vecina, para darse cuenta de que los regionalismos y localismos están allá mucho más desarrollados que entre nosotros.

Lima no es el Perú, como Santiago no es Chile. Pero en el Perú la desproporción entre Lima y Trujillo y entre Lima y el Cuzco o Cajamarca es mayor

que la que hemos encontrado entre Santiago y Concepción o entre nuestra capital y Antofagasta. Este li-
meñismo que es fundamental para determinar muchas de las características literarias del Perú desde los tiempos coloniales es resistido, sin embargo, por numerosos escritores que critican el tremendo centralismo imperante en la vida política y económica de esa república.

La complejidad del paisaje literario es más grande que la que ofrecen otros países. Y esa complejidad ha sido tema de muchas discusiones y aun de divagaciones científicas. Desde luego, predomina en el Perú la clasificación más cómoda, que es la de dividir a la nación en tres zonas muy claras: costa, sierra y montaña. Pero hay quienes niegan esta división y la estiman arbitraria e inspirada por la rutina. El moderno escritor y geógrafo Javier Pulgar Vidal, en un notable estudio titulado *Las ocho regiones naturales del Perú* (*El Comercio de Lima*, domingo 4 de junio de 1937) niega esta clasificación y la llama la tesis antigua. Para él existen ocho regiones naturales y éstas serían: la costa, la yunga, la quechua, la suni, la puna, la cordillera, la montaña y la selva.

A éstas habría que agregar el bosque de puna, que puede desaparecer, cediendo su puesto a la suni o a la quechua.

La costa es más fácil de definir por estar situada al lado del mar y extender sus riberas hasta los 40

kilómetros, más o menos, en dirección oeste, siguiendo el curso del río que baja de los Andes.

En la costa domina un sol brillante desde diciembre a mayo. Desde junio a septiembre impera la densa niebla que impide el paso de los rayos solares en los meses de junio a septiembre inclusive y es causa del frío húmedo y de la garúa que hacen tan característico el invierno limeño con sus cortinas tupidas de camau-chacas.

Esta zona ha tenido en el orden literario evocadores brillantes, como el cuentista Abraham Valdelomar, autor de *El Caballero Carmelo*, el poeta Alcides Spelucín en *El libro de la nave dorada* y Fernando Romero en su reciente libro de cuentos *Mar y Playa* (1940). Otros aspectos de la costa peruana o de pueblos vecinos a ella, han sido descritos con innegable interés por los escritores Arturo Jiménez Borja en *Moche*, José Mejía Baca en *Aspectos Criollos* y por José Diez Canseco en *El Gaviota*. Antiguamente algunos cronistas habían pintado la monotonía dramática de la costa peruana y actualmente el fino crítico Luis Fabio Xammar observa que su paisaje es «desolado y acre».

La costa tiene un paisaje de acuarela, de tonos medios diluidos, de matices imprevistos y finos. En Pisco y su bahía sacudida por las paracas, el paisaje es de una magnífica gradación cromática. En Ilo pudimos percibir matices de un azul extraño y medios tonos de una suave sensación visual.

La yunga tiene una ubicación doble. Dice Javier Pulgar que si empieza donde acaba la costa es la yunga marítima, si se encuentra al otro lado del declive andino es la yunga fluvial. Esta yunga ha tenido en la literatura ecuatoriana muy notables escritores como Gil Gilbert.

Abí el clima es seco, tibio y agradable. Goza todo el año de los beneficios del sol. La quechua se encuentra a ambos lados del declive andino. Su elevación empieza desde los 2,200 a los 2,500 metros hasta los 3,000 a los 3,200 metros sobre el nivel del mar. Su clima es agradable y templado. Se le considera el mejor clima del Perú.

La suni está situada a ambos lados del declive andino. Se eleva desde los 3,000 hasta los 4,000 metros sobre el nivel del mar. Su ancho varía según la inclinación del suelo. El clima es frío y seco, el aire es transparente y el cielo azul purísimo. Las lluvias son fuertes y frecuentes y duran casi cinco meses en el año. La puna está situada a ambos lados del declive andino y también separando las cordilleras entre sí, como ocurre en las punas de Palón, de Huayllay y de Colquijirca. Se eleva desde los 4,000 hasta los 5,000 metros sobre el nivel del mar.

El clima es frígido y el sol quema reciamente, pero calienta poco. Es zona de tempestades de nieve y granizo y llueve con fuerza entre noviembre y abril. La cordillera se halla en el remate y cumbre del declive

andino. Se eleva desde los 5,000 metros hasta los más inaccesibles picachos.

Ahí dominan las nieves perpetuas y tiene un clima muy frío.

La montaña mide su nivel desde los 400 metros y va hasta los 800 a 1,000 metros sobre el nivel del mar, altura desde la cual comienza la yunga fluvial y sube hasta los 2,000 metros más o menos.

El clima es cálido y húmedo, con lluvias torrenciales.

Respecto a la selva dice Javier Pulgar Vidal, cuyas observaciones nos han inspirado esta clasificación, que aun no ha sido bien estudiada. Su elevación sobre el nivel del mar pasa de 400 a 500 metros y una vez conocida puede ser la octava región natural del Perú.

Comprendemos que las zonas literarias del Perú no pueden ser colocadas dentro de las rigurosas medidas científicas que hemos detallado aquí. Por esto ha predominado más la clasificación antigua de costa, sierra y montaña. Aun no se ha hecho una clasificación definitiva de las zonas literarias de esa tierra aun cuando Luis Alberto Sánchez y otros ensayistas han tratado de definir las.

Costa, sierra y montaña es el título de un interesante libro de Aurelio Miró Quezada Sosa, publicado en Lima en 1938. Es un itinerario muy útil para conocer las diversas regiones de su patria, pero no

intenta dogmatizar sobre las características literarias de los departamentos que recorre.

Queda, pues, en pie una dificultad inmensa para los observadores extranjeros de la literatura del Perú.

Sin embargo, en el último tiempo se han realizado varios estudios de gran mérito en la interpretación del paisaje peruano.

Entre éstos puede considerarse de singular valor el de Mariano Ibérico que se titula: *Notas sobre el Paisaje de la Sierra*. (Lima, 1938).

La sierra, es, para Ibérico, la región metafísica del Perú.

Es profunda, misteriosa y solemne. De sus cerros abruptos, de sus cálidos valles y de sus bosques sombríos, de sus humildes flores, de su fauna pensativa y paciente brota no sé qué mensaje impenetrable.

La sierra es triste. Ora en el paisaje de la piedra que se yergue o se abisma en una constante expresión de hostilidad y de tragedia, ora en la música humilde de las campiñas que susurran sin término la monotonía de su desesperanza. (Pág. 21).

También anota Ibérico, que en el paisaje serrano con su geología atormentada y su cielo de definida pureza, hay como un fundamento de la veneración de los indios peruanos por el sol. Relaciona también las danzas indígenas con las lluvias frecuentes, y la repetición incansable del mismo tema por sus flautas no es, acaso, sino la expresión de éstas que caen, minuto a minuto, sobre el aterido corazón de su raza.

En el paisaje de los cerros predomina lo que llama Ibérico la «orgía geológica». Levantamientos, depresiones, retorcimientos de las enormes moles, caprichos fantásticos de la sierra atormentada que pudimos apreciar en un viaje a Cajamarca y a sus maravillosas e imponentes montañas, con precipicios vertiginosos, suaves declives que detiene un tajo vertical y trastornos titánicos de la naturaleza en bruscas transiciones que arredran el ánimo de los viandantes.

Entre este paisaje extraordinario y el alma del indio, Ibérico ve una continuidad vital. Lo llama metafísico por su gravedad solemne, por la adusta majestad con que sobrecoge al hombre y lo sumerge en los misterios eternos.

Entre los modernos escritores del Perú hay dos que han intentado la evocación de los pueblos serranos. Uno es Pedro Barrantes Castro, cuya novela *Cumbres del mundo*, publicada en 1935, relata las actividades de indios y mestizos en el Huauco y Huasmín, típicos poblados de la sierra de Cajamarca y *Ciro Alegría*, cuya reciente novela *Los perros hambrientos*, es uno de los más logrados productos de una nueva sensibilidad y de facultades narrativas poderosas.

Barrantes Castro dice sobre el medio en que transcurre su narración: «Villas, pequeñas ciudades del interior... Guardan el oculto sentido de ser hogares colectivos obedientes a un ritmo. Comunidad en lo cotidiano pintoresco. Sujetas a disciplina para todo el ve-

cindario las horas en que revienta la flor de su industria manual». Y *Ciro Alegría* ha descrito con poderoso sentido narrativo el ambiente cordillerano del Perú, con los cerros que, retorciéndose, erguían sus peñas azulencas y negras, en torno de las cuales, ascendiendo lentamente, flotaban nubes densas».

Pocas veces el paisaje cordillerano ha tenido una interpretación más dramática y sugestiva que en este escritor que surgió a la celebridad con su gran novela *La serpiente de oro*, que *Sánchez* considera junto con las 12 *Novelas de la Selva* de *Fernando Romero*, las primeras incursiones de la literatura peruana en la selva. Posteriormente *Arturo Burga Freitas* ha escrito *Ayahuasca*, que tiene el subtítulo de *Mitos y Leyendas del Amazonas*.

Día a día, como se ve, el escritor penetra más en los misterios del paisaje y entrega más zonas a la curiosidad de los admiradores de los temas americanos. Hasta aquí, como ya se ha observado por muchos críticos, el paisaje domina al hombre en América. Y sobre todo cuando el hombre elemental del Andes y de la Selva aun viven dominados por los tremendos mitos telúricos que dan un contenido misterioso a sus existencias adheridas a un paisaje invariable.

El hombre, en la literatura peruana, es secundario ante el paisaje o ante las grandes preocupaciones creadas por la lucha con el cosmo.

Así vemos en *Agua* de *José María Argüedas*, como ese elemento determina la vida y la suerte de to-

dos los individuos de las comunidades indígenas. El precioso líquido es en el Perú, como en pocas partes del continente, un motivo vital e inspirador que viene demostrando dramáticamente desde los tiempos del Incaio y de la Conquista hasta los modernos pleitos en que los comuneros son despojados por los gamonales y defienden sus chacras en la forma descrita por Argüendas.

Entre estos escritores jóvenes del Perú, el paisaje aparece con más fuerza, pero sin tener todavía un intérprete formidable. Desde las viñetas finas de Abraham Valdelomar hasta las pinceladas de tragedia de Fernando Romero, Ciro Alegría y Enrique López Albújar, pasando por las notas intensas de Arturo Jiménez Borja, José Mejía Baca, César Vallejo, Ventura García Calderón y otros, podemos reunir un material de valor indiscutible acerca de la geografía literaria del Perú.

Hay quienes creen que la costa es el elemento femenino en la sociología peruana si ésta se mira desde un punto de vista freudiano. Luis E. Valcárcel dice en la página 116 de su *Tempestad en los Andes*: «Ya en el tiempo precolombino se habían marcado los contrastes: gentes amigas de la holganza, de la vida muelle, de los placeres viciosos, eran las del litoral, en tanto que las andinas se distinguían por la rudeza de sus costumbres, su frugalidad y su espíritu bélico. Bien lo hacía notar el Padre Las Casas en su *Apolo-gética Histórica*».

Esto lo tratan de fundamentar algunos escritores en el carácter de «eterno femenino» que posee Lima, en cuyos brazos de molicie se durmió San Martín, en tanto que Bolívar se fortalecía en los climas fríos de las sierras.

Por otra parte, la cerámica de la costa, sobre todo la de Chimú, demuestra la existencia, con anterioridad a los españoles, de los más refinados vicios y anomalías sexuales entre los moradores del enervante valle de Chicama.

Pero la costa da una sorpresa literaria y nos desconcierta con tipos de una masculinidad agresiva, como los muy bien captados en su reciente libro *Mar y Playa* por el vigoroso escritor Fernando Romero.

Maritierra, Manongo, Santos Tarqui y otros sujetos pintados con gran fuerza realista por Fernando Romero, son hombres de mar, de la costa zamba, y en ellos abundan las características potentes, los rasgos atrevidos, el valor, la audacia y aun la violencia. Desmienten toda acusación de inercia y son los más dinámicos y luchadores, como corresponde a la peruanísima gente del litoral.

Pero la costa tiene su hechizo y su encanto moroso por el paisaje acerca del cual siempre debemos insistir. Describiéndolo dice Luis Fabio Xammar: «Ni agresividad en el paisaje, ni júbilo rutilante en su cielo. Todo contraste y toda razón estética nace maravillosamente de las aguas que lo rodean algunos días vibrantes, generalmente apacibles. La neblina tamiza más aún

esta perspectiva frágil; las lomas que avanzan sobre la costa aportando una nota de verdura, lo hacen con cierta recatada timidez en su llegada. A veces los crepúsculos logran lujosas conjunciones de colores, pero hay serenidad antes que violencia, sopor antes que vigilia, musical placidez antes que furioso impresionismo».

Hemos recorrido toda la costa peruana y hemos vivido, por semanas, en varios sitios de su litoral. En todas partes hemos percibido el encanto misterioso de sus dunas, el asombroso colorido de las puestas de sol, la vagorosa y melancólica matización de su paisaje que tanto ha influido en los escritores criollos y extranjeros que lo han descrito.

Ya hace un cuarto de siglo que un escritor chileno, Augusto d'Halmar, padeció la tremenda nostalgia de la costa de Eten y la dejó descrita en su novela *Gatita* cuando dice: «Un hastío resignado abatiéndose sobre mí como un pozo de arena que se derrumbase y perdida la noción de las estaciones en ese clima enervante, siempre dentro de la misma incuria y la misma monotonía» (pág. 8).

José Mejía Baca describe en *Aspectos Criollos* la influencia de esa misma costa de Eten, con su hermosa caleta de Santa Rosa, en la psicología de los cholos: «Es realmente admirable—dice—como esa gente sencilla no se cansa de un monótono paisaje marino, cuyas dos únicas formas cambiantes son la marea «alta» y la marea «baja». Después, un

mar de agua en la parte delantera y un mar de arena en la parte posterior. Y sin embargo, esos ojos velados, somnolientos, allá lejos, muy lejos, en un horizonte infinito, parecen que descubrieran siempre cosas nuevas, mundos de lejanías y quien sabe que otras cosas inexpresables, que más bien que mirarlas, las intuyen. No ven en el mar un motivo romántico, ni una variada y rica policromía en las puestas del sol. Hay una íntima unión entre el espíritu del cholo y esa inmensidad fría. ¡Quién sabe qué contemplarán! Tal vez una voz ancestral los hace meditar en la cuna verde donde se acuesta el sol». (Pág. 59).

Estas citas y otras que no haremos hacen pensar en la complejidad de la que ha definido muy exactamente Fernando Romero al llamarla «la costa zamba».

En ella la lucha con los elementos da una nota fuerte y acentuada de masculinidad, a la vez que el recato muelle de las caletas y el aduar convertido en urbe que es Lima, según Luis E. Valcárcel, constituye el encanto femenino de esa costa, cuyas culturas antiguas se pierden en la noche de los tiempos y han dejado muestras maravillosas como, los tejidos de Paracas y las cerámicas de Nazca y de Chimú.

De todo ese pasado también se alimenta recientemente la moderna fisonomía intelectual del Perú, cuyo clima literario ha sido propenso, en el último tiempo, a las evasiones históricas y a los ensayos de índole social e interpretativa.

La poesía peruana no refleja el paisaje con la fuer-

za de algunos de sus novelistas y de sus cuentistas. Chocano miró el mar de su patria con ojos de poeta de trompa bronceada, poco adicto a complicaciones filosóficas. Y así como la sierra peruana es la zona metafísica no puede dejar de reconocer que su mar, de finas playas, vastos arenales y dunas inmensas con oasis africanos de palmeras y villas blancas como las de Túnez, Marruecos o Algeria, entrega también una sugestión profunda y adicta a los graves temas subjetivos.

El mar chileno es más agresivo y tiene una grandeza dramática que no se conoce en la costa peruana. Es el mar que contradice la afirmación del poeta que lo hace bañar tranquilo nuestras costas. Es un mar épico, violento, con el coro terrible de sus temporales y el latigazo de sus huracanes.

El mar peruano, en cambio, queda libre de grandes puertos. Las caletas que lo decoran, con excepción del Callao, son pequeñas pinceladas de vida que animan los grandes arenales y logran contrastar con el ruido de millones de pájaros que evolucionan en torno de los islotes guaneros.

Barcas y puertos son cantados por Alcides Spelucín, en bellos versos de un lirismo en que evoca la melancolía de las neblinas y los puertos de Dios, que él llama «dulces y benignas posadas abiertas al misterio de toda inmensidad».

Otros aspectos del paisaje peruano han sido captados finamente por Luis Fabio Xammar en *Wayno* (1937), por Luis Valle Goicochea en *Paz en la*

tierra (1939) y por Augusto Tamayo Vargas en *Ingreso Lírico a la Geografía*. (1939).

Los poemas de Xammar fueron escritos en Yanahuanca y sus cordilleras, los de Valle Goicochea evocan con finura los valles, ríos, acequias y los árboles trujillanos y los de Tamayo Vargas derrochan una variedad de perspectivas de geografía lírica que no siempre dan una sensación de logro poético.

Estos tres poetas son, más o menos, de una misma generación y desvían las preocupaciones líricas hacia los temas terrígenos. El Perú no padeció un impulso modernista tan recio como otros países y el llamado vanguardismo que dominó allá por 1930 en toda Sud-América, no tuvo en esos cauces líricos un esplendor parecido al que promovió Pablo Neruda en Chile.

Las grandes individualidades poéticas del Perú no han hecho escuela.

Leonidas Yerovi y José Gálvez tuvieron en sus poemas algo del modernismo, pero con un fondo clásico y tradicional limeño innegable. José María Eguren es una figura aislada en un espléndido retiro sin antecedentes y sin continuidad en la poesía contemporánea. Alcides Spelucín es un brote tardío del modernismo que florece en Trujillo y es conmovido por la vecindad del mar.

La poesía pura ha tenido dos cultores: José Hernández y Westfalen.

José Hernández es un poeta de gran estirpe elegíaca. Su *Sistema y Sentido de la Angus-*

tia (1938), destaca su gran preocupación por la muerte de su padre y lo desborda en melodías extrañas, en acentos magistrales de instinto lírico y en bellas imágenes de gran acento y de cálida emoción.

Antes en *Legislación del alma* se había mostrado como un poeta de rica sensibilidad y de vastas posibilidades.

Westfalen es un poeta laberíntico, oscuro, con henchidas frases de sentido esotérico, con grandes disonancias de expresión que desconciertan y lo han conducido a las laderas confusas del sur realismo.

Hemos querido exhibir algunas características de la actual literatura peruana sin pretender nada definitivo. Todas estas notas determinadas por un interés creciente por los temas americanos están taradas por lo provisional de ellas. Tienden a incitar, pero no significan nada dogmático ni definidor por excelencia.

La fisonomía del Perú está siempre envuelta por la bruma de su complejidad, parecida a las camanchacas de sus mañanas costeñas. Es la complejidad de un país donde la mixtura de razas ha creado un confusionismo interpretativo muy peligroso. Y esta complejidad adquiere en el campo literario perspectivas insospechadas por los legos.

Desde la Conquista, con sus épicos cronistas guerreros, sus clérigos intrigantes y sus togados presuntuosos, las letras del Perú han tenido una carnación sabrosa de criollismo, con nobles meollos satíricos y apretadas síntesis costumbristas.

La novela no ha dejado aún el costumbrismo y la historia vive empapada en la crónica, aun en sus mejores cultores como Riva Agüero, Carlos Romero y Raúl Porras Barrenechea. La historia científica es cultivada en el Perú por Julio C. Tello y por Jorge Basadre. El Antiguo Perú de Tello y la Historia del Derecho Peruano, de Jorge Basadre, son libros que harán época en la evolución del pensamiento peruano.

Por esto, al hacer estas breves anotaciones sobre el profuso movimiento literario que vimos en el Perú durante una estada de dos meses, hemos querido solamente incitar a los estudiosos y hacerlos volver la vista a una literatura que se nutre de dos grandes tradiciones: la incásica, derramada en todo su rico folklore, y la española, alimentada por un turbión de cronistas civiles, militares y eclesiásticos, en cuyo solo estudio habría tema para largas vigilias desde el conocimiento del detallista Miguel Estete, el minucioso Pedro Pizarro hasta las caudalosas fuentes sinópticas de un Cieza de León o de un Garcilaso Inca.